

El concepto de democracia en la renovación socialista chilena en el exilio

The concept of democracy in Chile's socialist renewal in exile

Mariana Perry¹

mariana.perry@uss.cl

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3220-5644>

Resumen: El golpe de Estado en Chile en 1973, si bien puso el fin al gobierno de la Unidad Popular, significó también el inicio de variados procesos político-intelectuales, especialmente al interior del campo de acción de la izquierda. Un importante camino intelectual fue el recorrido por el sector de la izquierda que se asoció al proceso conocido como “renovación socialista” en el exilio y que tuvo como eje central una resignificación del concepto de democracia. El presente artículo busca arrojar luz sobre las reevaluaciones y desplazamientos teóricos y políticos contenidos en el concepto de democracia sostenido por la renovación socialista y las disputas que dicha resignificación generó entre las distintas versiones de la izquierda chilena entre 1973 y 1989. Dicho análisis permitirá identificar la reconfiguración política del socialismo chileno en diálogo con el escenario intelectual del exilio.

Palabras claves: izquierda chilena, democracia, exilio, renovación socialista, golpe de Estado.

Abstract: The *coup d'état* in Chile in 1973, although it put an end to the Popular Unity government, also meant the beginning of various political-intellectual processes, especially within the field of action of the left. An important sector of the left traveled an intellectual path known as “socialist renewal” in exile and whose central axis was a resignification of the concept of democracy. This article seeks to shed light on the reevaluations and theoretical and political displacements contained in the concept of democracy sustained by the socialist renewal and the disputes that said resignification generated between the different versions of the Chilean left between 1973 and 1989. This analysis will identify the political reconfiguration of Chilean socialism in dialogue with the intellectual scenario of exile.

Keywords: Chilean left, democracy, exile, socialist renewal, coup.

¹ Profesora asistente, Instituto de Historia, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad San Sebastián. Lota 2465, Providencia, Santiago Chile. Este artículo forma parte del proyecto ANID/POSTDOCTORADO/3180014

Introducción

El golpe de Estado de 1973 se transformó en catalizador de variados procesos de reconfiguración política, social y cultural. La izquierda chilena, que había protagonizado el escenario político los años previos, fue el sector que experimentó mayores transformaciones, producto del fin abrupto del gobierno de la Unidad Popular (UP). La crisis que devino, amplificada por la represión, exilio o desaparición de amplios sectores de la izquierda, dio paso a una serie de cuestionamientos teóricos y prácticos en su interior, que significaron una deconstrucción del sistema de representaciones desde donde ésta se reconocía, para construir un nuevo modelo de interpretación de la realidad, en base a los desafíos sociales generados por los cambios instaurados luego del golpe (Valderrama, 2001).

Si bien los procesos de reconfiguración política en la izquierda chilena no fueron homogéneos, la noción del fracaso fue el denominador común para gatillar un proceso de cuestionamiento del propio proyecto político. Esto generó la reevaluación de las ideas que se tenían sobre tácticas, aliados, enemigos, partidos políticos, instituciones e incluso reorientaciones políticas a nivel teórico, con el objeto de encontrar soluciones para hacer frente al nuevo escenario (Karakatsanis, 2008).

Dentro de estas reconfiguraciones, el concepto que sufrió mayores alteraciones, en un importante sector de quienes apoyaron al gobierno popular de Salvador Allende, fue el concepto de democracia, puesto que, al decir de Koselleck, es un concepto que envuelve futuro e incluye una “pretensión de realización” (Koselleck, 1993, pág. 111), por lo que sus desplazamientos iluminan las trayectorias de la izquierda tras el golpe. Además, el escenario del exilio y los debates teóricos que en él se desarrollaron, influyeron fuertemente en el contorno de las discusiones sobre la democracia al interior de la izquierda, convirtiéndose en un fenómeno ineludible para abordar la dirección de los debates al interior de este disputado concepto. De hecho, el concepto mismo de democracia, o sus desplazamientos, fueron los que estuvieron en el centro de los giros y divisiones de la izquierda hacia fines de los 1970 y comienzos de los 1980.

El cambio más abrupto se dio al interior del Partido Socialista (PSCh), en donde se dibujaron diversas concepciones de democracia, siendo de especial relevancia la sostenida por las ideas de la “Renovación Socialista”, grupo que lideró la división el año 1979 en el socialismo, y el tránsito que implicó definir la democracia como una estación estratégica a superar para alcanzar el socialismo, a construir concepciones liberales de democracia. Bajo esta nueva perspectiva, la democracia se instalaba como el único marco regulatorio desde donde dirimir diferencias

cautelando el respeto por los derechos humanos. De este modo, se cimentaba el cambio producido en el horizonte de expectativa en el socialismo renovado, que abandonaba al socialismo como meta y la revolución como estrategia, para reemplazarlo por una democracia como medio y fin.

El análisis de los cambios y continuidades producidos al interior del concepto de democracia para una sección de la izquierda chilena en el exilio, a partir del golpe en Chile, permite abordar las tensiones y divergencias existentes entre las distintas interpretaciones que las agrupaciones de izquierda hicieron, tanto del golpe de Estado como de las estrategias necesarias para enfrentar el régimen militar. A través de la revisión del concepto de democracia y la disputa por su control, es posible iluminar la predominancia de ciertos grupos políticos por sobre otros al interior de la izquierda en el exilio, transparentando la pluralidad de los procesos vividos. Finalmente, dicho análisis permite arrojar luz sobre el espacio experiencial desde donde se movía la izquierda chilena y el horizonte espacial hacia el cual se dirigía y cómo dichas experiencias se ven profundamente alteradas luego del 11 de septiembre de 1973 (Koselleck, 1993, págs. 105-126).

El presente artículo se estructura con una primera sección que aborda el concepto de democracia sostenido por la izquierda chilena hasta 1973. La segunda sección identifica los desplazamientos teóricos sufridos al interior del concepto de democracia desde el socialismo y el comunismo en el marco del exilio. En tercer lugar, se exploran los cambios en el concepto al interior de la Renovación Socialista y sus repercusiones. El artículo finaliza iluminando la imposición del concepto de democracia liberal albergado por los grupos de la Renovación y que estuvieron en el corazón de la transición chilena a la democracia. Se desarrolla el análisis en base a fuentes teóricas de las dirigencias partidistas, expresadas a través de revistas producidas en el marco de las redes que la comunidad chilena configuró en el exilio y que determinaron en gran medida la dirección que las propuestas teóricas tomaron luego del golpe. Lo anterior es complementado con bibliografía secundaria, lo que, sin agotar la discusión sobre las distintas versiones de democracia en el socialismo chileno, especialmente en los turbulentos años que median entre el golpe y la transición a la democracia, aporta al debate sobre las dimensiones del espacio político reciente chileno.

El concepto de democracia en la izquierda chilena hasta 1973

De manera más o menos generalizada, el concepto de democracia articuló los discursos de las principales fuerzas políticas durante el siglo XX chileno. Desde

distintas trincheras, todos los participantes del sistema político defendieron una versión propia de la democracia, instalándose así el concepto como un campo de legitimidad disputado entre fuerzas políticas del más variado signo (Casals, 2017).

El interior del campo experiencial de la izquierda no fue la excepción, lo cual se complejizó con el nacimiento del Partido Comunista de Chile (PCCCh), luego de su adhesión a la III Internacional en 1922, de la instalación de la narrativa marxista-revolucionaria en la política nacional y de la aparición de varios grupos socialistas que se unificaron en torno al nacimiento del Partido Socialista (PSCh) en 1933. El surgimiento de estos partidos dio respuesta a la demanda por mayor participación popular por parte de sectores antes relegados. Ambas agrupaciones buscaron representar a la masa popular, ofreciendo proyectos revolucionarios que pavimentaran el camino hacia la meta del socialismo. Con un difícil y problemático ingreso al sistema político, desde la década de 1950, ambas agrupaciones jugaron roles de significancia electoral, transformándose en reales competidores para disputar el poder político. Sus diferencias, más o menos insalvables, variaron a lo largo del siglo XX y, de acuerdo con la contingencia política, permitieron a veces alianzas o justificaron el distanciamiento (Arrate & Rojas, 2003).²

Desde 1952, el comunismo había dado forma a la línea política del “Frente de Liberación Nacional” que privilegiaba una actitud unitaria con el PSCh, estableciendo que su estrategia política transitaba por la concepción de una revolución de dos etapas; la primera libraría la economía del imperialismo extranjero y de la oligarquía, y la segunda, en donde los partidos de trabajadores conquistarían el poder, iniciaría la transición al socialismo.

Por su parte, en 1955, el PSCh anunció su estrategia de “Frente de Trabajadores” en donde denunciaba los acuerdos con partidos “burgueses”, proponiendo alianzas solo con partidos obreros y uniones sindicales, acercándose de este modo al comunismo. Esta política implicaba que los socialistas defendían una alianza de intelectuales con trabajadores manuales, quienes, bajo el liderazgo del PSCh lograrían la revolución nacional y democrática en contra del imperialismo y la oligarquía (Faúndez, 1988). Asimismo, rechazaban la estrategia de dos etapas de los comunistas, defendiendo un solo proceso revolucionario continuado.

No obstante estas diferencias, ambos partidos comprendieron la importancia de formar alianzas para enfrentar desafíos electorales. Socialistas y comunistas —no sin discrepancias internas— se asociaron en el Frente de Acción

Popular (FRAP) para disputar las elecciones de 1956. A su vez, sus concepciones de democracia compartían ciertas referencias teóricas que apuntaban a una democracia popular, diferenciada de la agotada democracia burguesa. Lo reflejaba, por ejemplo, Julio Cesar Jobet, ideólogo del socialismo chileno, cuando acusaba el agotamiento de la democracia burguesa, sosteniendo que en los hechos ha consagrado “la dominación de la clase capitalista, y ésta a través del control de los medios de producción ha dominado las grandes mayorías trabajadoras” (Jobet, 1963, pág. 16). Por su parte, Rodrigo Rojas, en la revista comunista *Principios*, al agotamiento de la democracia burguesa contraponía el ejemplo de la democracia soviética, como el modelo de un sistema al servicio de los trabajadores:

A diferencia de la democracia burguesa, que siempre ha sido y sigue siendo una democracia para una minoría explotadora, el poder soviético cristalizó la forma de democracia más amplia y elevada: la democracia para los trabajadores, para la abrumadora mayoría del pueblo (Rojas R., 1962, pág. 27).

Se subrayaba una clara diferencia teórica entre una democracia burguesa al servicio de unos pocos y, por tanto, considerada como falsa, y una democracia verdadera, la que se alcanzaría a través de una revolución “de liberación nacional, democrática, antiimperialista, y anti oligárquica”, que permitiría una sociedad sin clases y por ende sin explotación, y en la que se alcanzaría la “verdadera libertad del hombre” (Insunza, 1963, pág. 27).

Ahora bien, la particularidad de las propuestas de ambos partidos consistía en que, si bien en la teoría condenaban la democracia burguesa por haber agotado sus posibilidades reales de garantizar igualdad de derechos, en la práctica participaban activamente en ella. Así, por ejemplo, en el programa de gobierno del FRAP se relevaba el espacio de la democracia, pero a través de la política popular, se buscaba perfeccionarla.

El gobierno popular realizará una política destinada a ampliar y a perfeccionar la democracia, entendida ésta como una responsabilidad directa, consciente permanente y orgánica del pueblo en los poderes públicos, lo que supone transformaciones encaminadas a proporcionar a todos chilenos, igualdad de posibilidades y deberes y que haga efectiva la participación de las fuerzas laborales en las grandes tareas del país. (Programa presidencial del Frente de acción popular, 1963, págs. 11-12).

² Un análisis ampliado sobre las trayectorias políticas y conceptuales de la democracia en la elaboración doctrinaria y estratégica de los principales partidos y movimientos de izquierda chilena entre los años 1950s y 1980s en torno al concepto de democracia en (Casals & Perry, 2020).

Esta meta se sustentaba en una noción que recorría tanto a comunistas como a socialistas de que había sido justamente el movimiento popular el que había logrado democratizar el sistema político en Chile, situándose a la vanguardia de la lucha por las libertades y la democracia. Así, el comunista Mario Zamorano argumentaba que “A la clase obrera le interesan las libertades públicas, los derechos democráticos, las instituciones republicanas”, a pesar de que “ellas no signifiquen todavía la plena liberación de los trabajadores” (Zamorano, 1964, pág. 83). En la misma línea, Julio César Jobet, caracterizaba a la clase trabajadora como “genuinamente democrática” y a la democracia “como una conquista y creación continua” (Jobet, 1972, págs. 198-200).

La participación de la izquierda en el sistema democrático se concretó nuevamente a través de una reedición de la alianza socialista-comunista alrededor de la coalición de la Unidad Popular (UP) para disputar las elecciones de 1970. Coalición que también incluyó al Partido Radical (PR), y secciones escindidas de la Democracia Cristiana en el MAPU. Nuevamente, el concepto de democracia se mantuvo al centro de la discusión política y tuvo un rol crucial en la construcción del programa de gobierno. Una importante diferencia con el FRAP es que, desde 1960, la política de izquierda chilena en general había experimentado una progresiva radicalización en donde el influjo de la revolución cubana no había dejado a nadie indiferente. En este contexto, el PSCh había vivido un “progresivo proceso de leninización” (Moulián, 1982, pág. 29) cristalizándose en el Congreso de Chillán de 1967, en donde se declaró –no sin polémica interna– partido marxista-leninista. No obstante, y como había sido tendencia dentro de la izquierda, esto no impidió que, en vista de los comicios de 1970, formase parte de la UP y participase activamente en actividades electorales.

Salvador Allende, quien se había transformado en una figura central para aglutinar las fuerzas políticas que componían la coalición de gobierno, en repetidas ocasiones caracterizó la democracia en Chile como una conquista popular, retomando un discurso ya presente en la izquierda local, en donde se confiaba en que la tradición republicana chilena permitía pensar en que era posible un segundo modelo: “la vía chilena al socialismo”, el que se proponía alcanzar en marco democrático. Así, en 1971, sostenía: “Hemos ganado por los cauces legales. Hemos vencido a través del camino establecido por el juego de las leyes de la democracia burguesa, y dentro de estos cauces vamos a hacer las grandes y profundas transformaciones que Chile reclama y necesita” (Allende, 2000, pág. 625).

Este enfoque era apoyado y reforzado por el PCCh, quien defendía la posibilidad de transitar al socialismo por la vía pacífica porque, a través de la elección de 1970, el

pueblo había conquistado el poder (Millas, 1970, pág. 3). Sin embargo, la facción más radicalizada del partido de Allende, liderada por Carlos Altamirano, aun ejerciendo la dirección del gobierno durante el período de la UP, miraba con desconfianza y recelo los verdaderos espacios que la democracia “burguesa” podía dar para cumplir a cabalidad la revolución. Así, en enero de 1971, Altamirano señalaba:

La revolución chilena sólo será posible en la medida que las vanguardias de la clase trabajadora sepan revolucionarse a sí mismas, se incorporen sin temores a las masas populares y encuentren en ellas el dinamismo, la orientación y la fuerza que harán posible la conducción del pueblo chileno hacia la construcción del socialismo. El sectarismo partidista y el apego a las tradiciones del orden burgués son los grandes enemigos de la revolución (Altamirano, 2000, pág. 616).

Se atiende de esta manera a la constatación del carácter disputado del concepto de democracia en la izquierda chilena, cuyo máximo nivel de confrontación se dio justamente en el período en que lideraban un gobierno de carácter popular entre 1970 y 1973. Las diferencias surgidas en torno a las reales posibilidades de la democracia para acompañar la “vía chilena al socialismo”, al interior incluso del partido político del presidente, contribuyeron a agudizar los conflictos en la coalición, dejando a Salvador Allende en la difícil tarea de mantener un equilibrio entre distintas y contrapuestas perspectivas sobre como conducir el proceso político. A ello se suma el surgimiento de grupos radicalizados como el Movimiento de Acción Revolucionaria (MIR) –desprendidos, entre otros, del mismo PSCh– que rechazaban o tenían muy poca confianza en el sistema democrático “burgués” que había permitido la elección de la UP, y que aplicaban mayor presión en los debates en torno a las posibilidades que la democracia “formal” ofrecía para alcanzar los objetivos de revolución socialista.

Evaluación de la derrota 1973-1979

Después del golpe militar, la agenda de la izquierda chilena se abocó a sobrevivir, interpretar y analizar las causas de la derrota del proyecto de la UP, a reconstituir las organizaciones partidarias y debatir en torno a los alcances prácticos de la teoría socialista (Loveman, 1993, págs. 23-29). Las primeras discusiones, tanto al interior de cada partido como entre ellos, mantenían la línea ideológica que había caracterizado el período previo. Las explicaciones inmediatas consideraban, en algunos casos, factores

externos (como la intervención de Estados Unidos) y eventos puntuales que rodearon el golpe. La dimensión interna, aquella que se refería al proceso completo de la UP, no se abordó en un primer momento (Silva, 1992). Estas visiones de continuidad, en lo general, se vieron corroboradas y apoyadas desde el exterior por las respectivas redes de intelectuales que recibieron a los partidos en el exilio. Así, al principio, la actividad chilena en el exterior se concentró en gestionar la solidaridad internacional, y denunciar el régimen y sus violaciones a los derechos humanos. Sin embargo, con el paso de los años, una serie de elementos influyeron para que el discurso de la izquierda chilena evolucionara y cambiara el centro de los debates en torno a la realidad chilena, siendo la constatación de la implantación de un proyecto refundacional de largo plazo por parte del régimen un factor central en el cambio de perspectiva. Silva (1992) identifica esta evolución en el tránsito que implicó dejar de hablar de *derrota* del gobierno de la UP, para hablar de *fracaso* y, por ende, comenzar a cuestionar el propio proyecto político. Dicho proceso, como todos aquellos que se desarrollan en el marco de una grave crisis, fue complejo, diverso y evolucionó de distinta manera para cada agrupación.

El Partido Comunista en el exilio

Luego de la urgencia del golpe, el comunismo chileno se organizó de manera más o menos operativa, logrando ser el partido con menos fracturas internas, dada su experiencia con el trabajo clandestino (Ulianova, 2014). Una de las primeras lecturas que hizo el PCCh para explicar el fracaso fue un documento de 1975 titulado “El ultraizquierdismo, caballo de troya del imperialismo”, en el que se criticó la falta de una dirección única del movimiento popular, que lograrse evitar desviaciones tanto de derecha como de izquierda. Las críticas apuntaban directamente al MIR, por aislar al movimiento obrero al obstaculizar las potenciales alianzas con partidos burgueses como la Democracia Cristiana (PDC). Asimismo, en el documento “A los trabajadores y al pueblo de Chile, a todos los demócratas”, del 11 de octubre de 1973, el comunismo nombraba como promotores del golpe al “imperialismo norteamericano y la oligarquía criolla” (Ulianova, 2014, pág. 298). Dichos factores coincidían con el diagnóstico hecho por su respectiva red de apoyo: el comunismo internacional, quien sindicaba al ultraizquierdismo y la intervención extranjera como los principales culpables de la derrota del gobierno de la UP (Communist Party of Great Britain, 1973). En general, la reflexión inicial del PCCh, al atribuir las responsabilidades de la derrota a factores externos, condujo a mantener una línea similar a la sostenida durante el gobierno de la UP.

En referencia a las estrategias en contra de la dictadura, el PCCh, en sintonía con su propia línea y la del comunismo internacional, llamó a la creación de un frente amplio antifascista con fuerte retórica anti-imperialista, lo que desde la URSS y Alemania Oriental tenía como objeto revitalizar un “romanticismo revolucionario” que venía en declive (Rojas & Santoni, 2013, págs. 135-136). Esta convocatoria incluía al PDC como partido y no solo a sectores progresistas, convencidos de que “dentro del PDC se abre paso y se impondrá la actitud que dictan los intereses de la inmensa mayoría de sus militantes y simpatizantes que lo oponen frontalmente al fascismo”. El objetivo de tal frente, sostenían los comunistas, además de derrotar la dictadura militar era “la construcción de un nuevo Estado de Derecho, democrático, antifascista, nacional popular y pluralista”, que “ha de garantizar la renovación democrática y la erradicación total del fascismo e impulsar los cambios revolucionarios y la independencia nacional” (Chile América, 1975, pág. 45). En este sentido, el comunismo perpetuaba la línea mantenida durante la UP y situaba a la democracia como un medio para impulsar los cambios revolucionarios.

A pesar del llamado comunista, la mayoría de las agrupaciones no marxistas se resistieron a formar alianzas. El PDC en particular, en la primera etapa posterior al golpe, liderado por el expresidente Eduardo Frei Montalva, mantuvo su postura de generar un camino propio. Esta negativa a formar alianzas con el PCCh respondía, por un lado, a una marcada influencia anticomunista de sus redes internacionales: principalmente las democracias cristianas italiana y alemana (Riquelme, 2009, pág. 115); y, por otro, en diferencias político-ideológicas que habían determinado la relación durante el gobierno de la UP. Un aspecto central de esta distancia rondaba en torno al concepto de democracia y la vinculación que el PCCh hacía de éste y el socialismo. Las preguntas realizadas a Luis Corvalán, secretario general del PCCh, en una entrevista para la Revista Chile América basada en Roma, en 1977, sintetizan el conflicto:

¿Cómo se puede conciliar un llamado a la “alianza” con la DC si por otra parte, el Partido Comunista está proponiendo públicamente que la Unidad Popular adopte el modelo de una revolución popular con la clase obrera al centro como fuerza dirigente para lograr la democracia y el socialismo? ¿Es cierto que Millas sostiene que las etapas democráticas y socialistas se entrelazan, pero, no cree usted que la Democracia Cristiana rechaza una Revolución Socialista aun cuando ésta aparezca como una superación de la etapa democrática? ¿Acaso no fue esta la contradicción principal con la DC durante el régimen de Allende? (Chile América, 1977, pág. 150).

En su respuesta, Corvalán recalca que la finalidad de la UP y las fuerzas llamadas a cumplirla, seguían vigentes en 1977, proceso al que era correcto llamarlo “revolución popular”, toda vez que el concepto incluía los dos enfoques fundamentales: el contenido de clase de la revolución, siendo la clase popular la que debía liderar el proceso, y la determinación de sus finalidades, es decir, el socialismo. A ello agregaba “el rasgo antifascista y democrático de nuestra lucha y la perspectiva del socialismo” (Chile América, 1977, pág. 150). En referencia a las dudas que al PDC le surgían frente a la manera en que se garantizarían los derechos humanos en un posible ejercicio del poder liderado por el PCCh, Corvalán respondía: “Cómo decía Lenin, la dictadura del proletariado es mucho más democrática que el más democrático de los gobiernos (de hecho, dictaduras) de la burguesía”, a lo que añadía que dado que el PCCh buscaba propiciar “un estado de derecho, democrático y representativo de la mayoría” no había razón para pensar que en un eventual gobierno actuarían con arbitrariedad (Chile América, 1977, pág. 151).

La conformación de un frente antifascista ponía al comité central del PCCh en la difícil tarea de mantener su defensa al principio leninista de dictadura del proletariado al mismo tiempo que tranquilizar a sus potenciales socios del PDC en relación con el mantenimiento de las garantías democráticas. Este delicado equilibrio se vio incluso más debilitado cuando desde la Unión Soviética se transitó desde posturas similares a las chilenas durante la UP —defensa de una vía pacífica— a otras más radicales que incluían la defensa armada de la revolución. Dicho tránsito estaba directamente relacionado con los debates que el propio caso chileno había desatado entre los partidos comunistas de occidente sobre la posibilidad real de una vía pacífica al socialismo, lo que había generado que el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) rigidizara sus interpretaciones y condenara cualquier posibilidad de un segundo modelo. Ya en el XXV Congreso 1976 del PCUS, Leonid Brezhnev sostuvo en un párrafo dedicado al caso chileno: los “revolucionarios deben saber cómo defenderse” (Ulianova, 2000, pág. 116). La revolución sandinista en Nicaragua llegó a cristalizar esta formulación, generando grandes resonancias en el PCCh, cuyo comité central vivía su exilio en Moscú, y por tanto presenciaba directamente el debate del comunismo internacional. En septiembre de 1980, Luis Corvalán dio un discurso en la sede de los sindicatos soviéticos en Moscú donde declaró que frente al fascismo “[...] el pueblo no tendrá otro camino que recurrir a todos los medios a su alcance, a todas las formas de combate que lo ayuden, incluso a la violencia aguda, para defender su derecho al pan, a la libertad y a la vida” (Corvalán, 1999, pág. 276).

Ello consolidó el desplazamiento intelectual del PCCh, desde una política de frente amplio antifascista,

que incluía a la democracia como un espacio funcional para la consecución de sus metas, hacia la “Política de Rebelión Popular de Masas” (PRPM), que dejaba a la democracia en un segundo plano e incorporaba la violencia como mecanismo político. Este giro contuvo continuidades y cambios dentro de la política comunista chilena del siglo XX (Álvarez, 2011; Moulián & Torres, 2010). Por un lado, la inclusión de la posibilidad de la violencia armada representó un cambio de mentalidad al interior del partido, lo que generó polémicas durante toda la década de 1980 (Riquelme, 2009). Pero, por otro, el cambio fue acompañado por la continuidad en los principios teóricos que buscaban el reemplazo del capitalismo por el socialismo.

En el contexto chileno previo a 1973, para las lecturas comunistas, era posible un tránsito hacia el socialismo mediante una “profundización de la democracia”, como había sido la línea desde el X Congreso de 1956. Sin embargo, las condiciones históricas habían cambiado y el giro comunista se explicaría por la pérdida del “optimismo puesto en las posibilidades del tránsito institucional”, y una apuesta “en último término, en la violencia revolucionaria, en la guerra, fuera ésta defensiva, destinada a conseguir preservar la democracia u ofensiva, destinada a llegar al socialismo” (Moulián, 2009, pág. 108). En esa línea, la continuidad del paradigma marxista de análisis de las formas de lucha quedaría supeditada a las condiciones históricas (Moulián & Torres, 2010).

Estas reorientaciones del PCCh a partir de la década de 1980 generaron un fuerte terremoto en el campo de la izquierda chilena en el exilio. A partir de entonces, el concepto de democracia para los comunistas se complementaba con la necesidad de recurrir a la violencia revolucionaria para defenderla de ser necesario, estableciendo una mayor conexión con la teoría y alejándose de lo que había sido su práctica política durante gran parte del siglo XX.

En lo que refiere al PDC, hasta finales de 1976 y bajo la dirección de Patricio Aylwin, se mantuvo inalterable su decisión de no formar alianzas con la UP, en particular con el PCCh, y buscó generar puentes con el régimen militar para la restitución de la democracia. Pero si bien su proscripción en 1977 hizo que su postura frente a la construcción de alianzas cambiase (Ortega, 1992), el giro comunista, o más bien el cambio discursivo en la estrategia para enfrentar el régimen, hacían imposible una alianza. Ello sentó las bases para los acuerdos entre el PDC y los socialistas.

El Partido Socialista en el exilio

De igual o mayor importancia para la conceptualización de la democracia en el exilio chileno, son los desplazamientos teóricos experimentados por los socialistas. A

diferencia del PCCh, el PSCh fue duramente golpeado por la represión del régimen militar al no estar preparado para el trabajo en clandestinidad. Sin redes internacionales claras, debido a la heterogeneidad ideológica presente en el seno del partido desde su fundación, la progresiva leninización que el partido había experimentado desde la década de 1960 los había acercado a la órbita soviética. Ya en el Congreso de 1967, en donde el PSCh se declaró oficialmente marxista-leninista, habían asistido representantes del Partido Socialista Unificado Alemán (PSUA), consolidando los primeros lazos que se solidificaron durante el gobierno de la UP y el reconocimiento oficial a la RDA. Así, ocurrido el golpe, los servicios secretos de Alemania Oriental fueron los primeros en ofrecer ayuda para instalar el comité central del socialismo en Berlín oriental (Ulianova, 2009).

Las reflexiones intelectuales del PSCh en el exilio mantuvieron la línea radicalizada que esta agrupación había sostenido hacia finales del gobierno de la UP. Ello se plasmó durante un encuentro en Italia en 1975, donde el presidente del partido en el exterior, Carlos Altamirano, abogó por la “radicalización de la lucha antifascista”, por “acumular más fuerzas que el fascismo y emplear todas las formas de lucha”, recalando que en la fase superior del proceso “seguramente formas de lucha armada constituirán el factor decisivo en la victoria final” (Ulianova, 2009b, pág. 7). En estas declaraciones se constataba la influencia de los anfitriones, quienes apelaban a la necesidad de denominar al régimen en Chile como fascista, con el objetivo de apelar a una retórica frentepopulista que lograra aunar voluntades en su contra (Rojas & Santoni, 2013, págs. 135-136).

En términos ideológicos, se mantenían ciertos elementos centrales del planteamiento político del PSCh durante la UP. Por ejemplo, ya en 1975 y a diferencia del PCCh, se le otorgaba un rol protagónico a la clase obrera en la lucha antifascista y se sostenía que el segundo objetivo del frente debía ser “el rápido tránsito al socialismo” (Chile América, 1975, pág. 46). En referencia al concepto de democracia, el Pleno de la Dirección Interior, realizado en septiembre de 1976, establecía que luego del derrocamiento de la dictadura, las principales tareas que debía llevar a cabo la “revolución democrática” eran cumplir con el “programa de democracia del pueblo”, bandera de lucha de la “fase democrática de la revolución”, para llegar a la siguiente “fase socialista”. Si bien ambas fases se consideraban parte de un proceso ininterrumpido, la diferencia radicaba en que en la fase democrática se agruparían todas las clases golpeadas por la dictadura, mientras que en la fase socialista solo aquellas “clases y capas que aceptan el curso socialista del proceso” (PSCH, 1977, pág. 23); distinción que en último término aludía al PDC.

Al respecto, en esta primera etapa, el PSCh señaló que, si bien estaba de acuerdo con una eventual partici-

pación del PDC en la alianza antifascista, la urgencia de esta alianza no permitía esperar “una consecuente actitud de lucha antifascista del PDC en tanto dominan en él sectores que expresan los intereses del gran capital y el imperialismo” (Chile América, 1975, pág. 46). En este sentido, es posible señalar que la postura socialista en esta primera etapa se acerca más a la que transitó el comunismo hacia el inicio de 1980.

Desde la clandestinidad del socialismo en Chile, el primer documento que marcó la pauta de las discusiones teóricas posteriores al golpe fue el “Documento de marzo” de 1974, elaborado por la Dirección Interior. En términos generales, se retomaban los planteamientos del PSCh durante la UP pero a través de sus evaluaciones del proceso se acercaba de manera más evidente al discurso del bloque soviético, ya que buscaba plantear la reconstrucción del partido en una organización de tipo pro comunista. Ulianova atribuye este acercamiento a que los dirigentes de la Dirección Interior habían sido formados en la URSS durante los 1960 (Ulianova, 2014).

Erich Honecker, en una entrevista realizada el 10 de octubre de 1974, habló de los problemas suscitados al interior del PSCh y aludió a sus desavenencias con el PCCh, concluyendo que la unidad PSCh-PCCh debía ser el eje del Frente Antifascista (Ulianova, 2014, pág. 395). A su vez, Carlos Altamirano, en un discurso pronunciado en febrero de 1976 en ocasión del XXV Congreso del PCUS en Moscú, señaló que la primera lección de la “derrota transitoria” fue que el poder alcanzado por el movimiento popular chileno fue posible gracias a la “unidad de los partidos de su clase obrera: Partido Socialista y Partido Comunista”. Esta conformación de un frente político implicó la no renuncia de “su justa aspiración hegemónica”, cuyo propio proyecto histórico fue “Liderizado (*sic*) por dos Partidos marxistas leninistas, con un programa revolucionario”. En la misma instancia valoró como de un “certero juicio”, las opiniones vertidas por Brezhnev sobre el caso chileno, en especial en su apartado sobre la necesidad de defender la revolución (Altamirano, 1976, págs. 43-44). De esta manera, Altamirano se comprometía con la perspectiva soviética en aspectos esenciales tales como la alianza con el PCCh, la fórmula para enfrentar al régimen en Chile y la consolidación de objetivos revolucionarios.

Sin embargo, la alianza con el PCCh no dejaba de ser problemática al interior del PSCh, dado que existían vertientes que preferían un acercamiento a movimientos más radicales y con decidida preferencia por una estrategia armada. Por ejemplo, la Coordinadora de Regionales del Partido Socialista del PSCh (CNR), en reacción a las propuestas comunistas de sentar alianzas con el PDC, señaló que “debemos utilizar el leninismo como guía para la reconstrucción partidaria, la aplicación irrestricta de

sus normas sin aceptar presiones exteriores-burocráticas” (CNR, 1977, pág. 119). En la misma línea, Hernán del Canto, importante dirigente del Secretariado Exterior, criticó los intentos de alianza con el PDC, al que acusó de intentar dividir al movimiento popular al exigir la disolución de la UP y buscar aislar al PCCh “pretendiendo arrancar para sus planes una sedicente ala socialdemócrata” (Del Canto, 1977, pág. 112) dentro del socialismo. En tal sentido del Canto acusó al PDC de servirse de la represión fascista para construir una democracia “humanista” que aislaría a las fuerzas obreras en favor de un régimen burgués “discriminatorio y antipopular” (Del Canto, 1977, pág. 112). En esa línea, en octubre de 1977 Clodomiro Almeyda, líder histórico del PSCh, dio un discurso en Yugoslavia titulado “La Democracia en el período de transición del capitalismo al socialismo”, donde subrayó el tenor del planteamiento socialista durante esta primera etapa, señalando que el caso chileno enseñaba que la democracia “burguesa” debía ser limitada durante el proceso revolucionario, para que pudiera “defenderse de las tendencias contrarrevolucionarias antidemocráticas”, lo que en la práctica significaba limitar el multipartidismo y las libertades “burguesas” (Almeyda, 1987, págs. 15-18).

Las distintas vertientes al interior del PSCh, que ya se habían puesto de manifiesto durante el gobierno de la UP, se fueron evidenciando con mayor fuerza a partir del golpe, y se transparentaron en la división formal en 1979 (Perry, 2018). No obstante, en esta primera etapa había cierto acuerdo sobre la necesidad de mantener al partido unido en el combate contra el régimen. Consenso que, según Roberts, se construía en torno a nociones como la inevitabilidad de la resistencia armada, la adscripción al marxismo-leninismo y la concepción leninista de la toma del poder a través de la revolución (Roberts, 1998, pág. 103). A esto se podría agregar una postura crítica frente al concepto de democracia burguesa, que –sostenían– se asociaba directamente con el PDC.

La división del partido en 1979 fue la expresión concreta de las divergencias en torno a liderazgos, definiciones sobre el régimen y políticas de alianzas, que se vieron maximizadas por el fuerte involucramiento con el escenario político de los países anfitriones. Por un lado, la instalación de la Revolución sandinista en Nicaragua confirmó y solidificó los postulados del giro estratégico del comunismo (tanto internacional como nacional). Por otro, los postulados del Eurocomunismo que se alimentaron del caso chileno adquirieron fuerza, especialmente en países como Italia, Francia y España, alejándose del campo soviético y polarizando el comunismo internacional. Este reordenamiento ideológico en la izquierda mundial incidió directamente en las discusiones teóricas que la izquierda chilena, y el socialismo en particular, desarrollaba en el marco del exilio.

Asimismo, la comunidad chilena socialista que aterrizó en la órbita soviética –sea Moscú o Alemania Oriental– lo hizo en un período de declinación del socialismo real, por lo que para muchos militantes la noción de haber llegado al mundo de “la utopía realizada, donde reinaba la verdadera democracia” chocó con el encuentro del autoritarismo (Rojas & Santoni, 2013, pág. 136).

En vista de lo anterior, dentro del socialismo se perfiló un sector cercano a la URSS y atento a los giros que se estaban desarrollando en el comunismo internacional con respecto a la vía armada. Clodomiro Almeyda, desde el pleno del partido del año anterior, se había consolidado como la figura principal de este sector. En paralelo, el acercamiento a la internacional socialista y a los contactos en Europa Occidental, principalmente debido a las redes de solidaridad organizadas para denunciar el régimen militar, expuso a algunos socialistas en el exilio al debate intelectual que la experiencia chilena había generado al oeste de la cortina.

En 1977, Carlos Altamirano publicó el libro *Dialéctica de una derrota*, en donde quien había sido el representante del ala más radical del socialismo durante la UP, deslizó elementos de autocrítica frente al rol jugado por el PSCh. Pero fue en el informe del pleno de 1978, donde esgrimió señales claras de distancia con respecto a los planteamientos sostenidos hasta ese momento, especialmente en torno a la relación con el marxismo-leninismo, su comprensión del concepto de democracia y cómo estos cuestionamientos repercutían en el proyecto político del socialismo. El documento de 1978 sugería que, en Chile, los partidos obreros durante el siglo XX no habían madurado ni en la teoría revolucionaria ni en la práctica concreta, planteando que las alternativas de acceso al poder –la vía armada y pacífica– se habían hecho sobre percepciones muy básicas de la realidad, “de la imitación de otras experiencias, de elaboraciones ajenas y, en parte también, de intuiciones políticas expresadas en una suerte de ‘sentido común revolucionario’” (Altamirano, 1978, pág. 7). Esta insuficiencia teórica, identificaba Altamirano, fue especialmente decidora con respecto a la derrota del proyecto de la UP en dos aspectos centrales: la ausencia de una concepción coherente de las relaciones entre socialismo y democracia, y una evaluación insuficiente sobre el rol y contenido de instituciones tan importantes como las Fuerzas Armadas y la Iglesia.

Altamirano reconocía que la naturaleza democrática de la historia chilena habría llevado a un sector de la izquierda a darla por sentado, menospreciándola al considerar que el problema de la democracia solo atañía a sociedades avanzadas con largas tradiciones políticas, mientras que, en los países en vías de desarrollo, el imperativo rondaba en satisfacer las necesidades más básicas. Ello había desestimado las particularidades de países más

complejos como Chile, en donde había una semiindustrialización “más cercanas a las sociedades del tipo de las de Europa Mediterránea” (Altamirano, 1978, pág. 11). A través de esta reflexión, Altamirano se reencontraba con una tradición presente en un amplio sector de la izquierda, desde su configuración como opción política, desde donde se esgrimía y valoraba que los derechos democráticos habían sido una conquista popular, haciendo del sistema democrático chileno un proceso participativo y ampliado desde las bases. Esta tradición fue la que dio forma al programa de “la vía chilena al socialismo” cuyo centro asumía que, a través del voto popular, era posible renovar la institucionalidad establecida en sintonía con el movimiento popular mayoritario, como había demostrado la victoria electoral de la UP (Allende, 1971).

Esta reflexión en torno a la democracia no había estado presente de manera clara en los escritos de quien había dirigido el partido desde 1971. Haberlo abordado de manera directa, criticando su propia evaluación de las democracias burguesas, ignorando el camino recorrido por el movimiento popular en la conformación de espacios democráticos, dan cuenta de importantes diferencias con respecto a los postulados de la izquierda más radical representadas por el propio Altamirano dentro del socialismo hasta 1973. Estas señales conformaron la antesala de los elementos que, junto con diferencias personales y disputas de poder, pavimentaron los caminos divergentes al interior del socialismo luego de 1979.

Otro aspecto de central relevancia en los desplazamientos teóricos fue la instalación de una distancia respecto al enfoque del marxismo-leninismo y con él al control ideológico soviético. Así, en el informe ya aludido, Altamirano planteó que la fundamentación teórica del partido debía ser una “asimilación activa y creadora de las premisas filosóficas y científicas del marxismo y del leninismo, y no de un mero intento de erudición o repetición” (Altamirano, 1978, pág. 18). Este distanciamiento con el marxismo-leninismo se encontraba en ruta con los procesos vividos por el Eurocomunismo y que resonaban fuertemente en algunas esferas del socialismo chileno. Los PC europeos, luego de las lecciones que extrajeron de Chile, concluyeron que el camino político pasaba por la creación de grandes alianzas para lograr acuerdos en el marco de un sistema democrático. Ello implicaba, por un lado, renunciar a la idea de dictadura del proletariado, central aún en el discurso soviético, y, por otro, buscar alianzas electorales mayoritarias que permitieran la instalación de los partidos comunistas en el poder en marco democrático. En Italia, dichas conclusiones se articularon en lo que se conoció como “compromiso histórico”, que buscó acercar las posiciones entre comunistas y demócratas cristianos (Ulianova, 2000; Santoni, 2011). La resonancia de estos desplazamientos también se puede identificar en

el Informe de 1978, donde Altamirano abogó por la alianza con el PDC para hacer frente a la dictadura militar, sin las condicionantes que había expresado en 1975.

Además de la influencia del Eurocomunismo, Ricardo Núñez (otro líder del socialismo en el exilio) también destacó la influencia de los partidos socialistas y socialdemócratas de Occidente. En particular, señaló al socialismo autogestionario francés que se oponía al socialismo de Estado que se vivía en la RDA, y que se nutría de la experiencia yugoslava que había interpelado a muchos sectores del socialismo chileno (Fernández, Góngora, & Arancibia, 2013, pág. 178). A través de esta valoración, se subrayaba una necesidad de independencia del control soviético y del modelo propugnado de Moscú que, se sentía, estaba cooptando las prácticas del socialismo chileno en el contexto del exilio.

La alusión a los países de Europa mediterránea, en línea con la aparición de reflexiones no encontradas previamente, no es casual. En entrevistas posteriores, Altamirano ha reconocido la incidencia de la vinculación con los países de Europa occidental, a través de las campañas de solidaridad organizadas en el contexto del exilio, en sus replanteamientos y desplazamientos teóricos posteriores. Antes del golpe, el PSCh mantenía vínculos internacionales solo con el PC de Cuba y una relación puramente formal con el campo socialista, lo que “influyó, indudablemente, un enfoque provinciano y esquemático de la realidad internacional, lo que nos llevó —entre otras cosas— a subestimar cualquier tipo de relación con los partidos socialistas y socialdemócratas europeos” (Altamirano, 1978, pág. 47). En una reflexión muy posterior, Altamirano refiriéndose al contacto que tuvo con líderes políticos y culturales europeos, subrayaba cómo el intercambio de ideas con gente como François Mitterrand, Willy Brandt, Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Gabriel García Márquez y Julio Cortázar, entre otros, le “removieron hasta las entrañas mi viejo concepto —chilensis— de la política” (Altamirano & Salazar, 2010, págs. 390-391). En la misma entrevista con Gabriel Salazar, Altamirano reconoció que “mi visión de lo que debía ser la ‘renovación socialista’ fue influida, debo decirlo, por la cálida recepción que los europeos nos dieron a los chilenos durante el exilio” (Altamirano & Salazar, 2010, pág. 409).

La democracia en el centro: Reconstrucción del proyecto político de la izquierda en el exilio

Transcurrida la división formal del socialismo el año 1979, las reflexiones teóricas que la habían impulsado

se transformaron en propuestas concretas de redefinición política. La fracción encabezada por Altamirano, quien se desplazó del exilio en la RDA a París, tuvo como ejes principales la resignificación del concepto de democracia como marco regulatorio para el juego político, y el alejamiento del marxismo-leninismo como dogma rígido de análisis. Como resultado, se cuestionó el tipo de organización política que se sostenía en la izquierda y las estrategias para enfrentar al régimen en Chile, el que se había institucionalizado el año 1980 a través de una nueva Constitución. De esta manera, se plantaba el germen de lo que fue conocido posteriormente como la “Renovación de las ideas socialistas”.

El distanciamiento geográfico y el cambio de las respectivas redes internacionales le permitió a la sección liderada por Altamirano la libertad para criticar los dogmas políticos de sus antiguos anfitriones, y retomó el espíritu de autonomía que había caracterizado al socialismo chileno desde su fundación. En este sentido, Jorge Arrate, de la fracción de Altamirano, acusó al sector de Almeyda de menospreciar y “caricaturizar” el llamado a la autonomía del partido, sosteniendo que dicho sector “adscribe a una versión ‘ortodoxa’ del marxismo y asume el leninismo en forma dogmática” (Arrate, 1979, pág. 98), por lo que obvia y menosprecia la herencia ideológica histórica del partido. También les criticó las propuestas de la “convergencia con los comunistas” para el proceso transformador en Chile y cuestionó el diagnóstico de Almeyda que señalaba que para “superar las insuficiencias partidarias” había que aplicar “un modelo rígido de partido, diseñado en los textos del marxismo-leninismo” (Arrate, 1979, pág. 98). Arrate sostenía que, si bien se coincidía en la necesidad de “construir un Partido superior [...] Nosotros sostenemos la necesidad de reconocer el derecho de todos los socialistas para participar en su construcción, en un proceso democrático de discusión y creación” (Arrate, 1979, pág. 98).

Para Arrate, la fracción liderada por Almeyda, si bien para diferenciarse del comunismo argumentaba una autonomía del partido para enjuiciar críticamente la realidad mundial y la experiencia socialista (Almeyda, 1979, pág. 89), defendía aspectos centrales del comunismo soviético. Por ejemplo, se refería a la dictadura del proletariado como una “necesidad de esa dirección política de orientación socialista” durante el período de tránsito al socialismo, que era denominado por Almeyda como una “República democrática de trabajadores”, entendiéndose una democracia de transición que dependía de las condiciones particulares del país.

El concepto de democracia, o más bien sus revisiones, adquiriría un lugar central en las bases fundantes de la división socialista en el exilio. La facción liderada por

Altamirano replanteaba la relación entre socialismo y democracia, distanciándose fuertemente del concepto antes citado en Almeyda. Al respecto, Altamirano sostenía que

Nuestra concepción de partido es abierta, no dogmática [...] con más imaginación creadora que simple erudición repetitiva –cada revolución es un acto de creación y no de imitación– despojado de esquemas imitativos; capaz de comprender y asumir esa compleja dialéctica que existe entre democracia y socialismo, entre ser individual y ser colectivo, entre el momento de lo nacional y el momento de lo internacional (Altamirano, 1979, pág. 135).

En el contexto del exilio chileno, esas afirmaciones implicaban un acercamiento a la concepción liberal de democracia –antes rechazada– y una crítica directa al “socialismo real”, dejándolo fuera del campo democrático de acción política. Esta resignificación se complementó con un discurso en torno a los derechos humanos, que concitaba interés mundial y en el que la democracia aparecía como el sistema político por excelencia para cautelarlos. Ello se traducía en un discurso opositor a cualquier régimen político que buscara suprimir los derechos humanos y la consecuente realineación política derivada de ello. Samuel Moyn (2012), situó la defensa de los derechos humanos como la “última utopía” sobre la cual se podían aglutinar movimientos de base en circunstancias de una sostenida caída de la promesa emancipadora del socialismo.

La centralidad que el concepto de democracia adquirió en los discursos de la renovación socialista se acompañó de una revisión del uso que tradicionalmente le había dado el movimiento popular. Hasta 1973, la izquierda chilena “no vivía ideológicamente [la democracia] como su mundo” (Moulián, 1983, pág. 165), sino que se trataba más bien de “concepciones formalistas e idealistas de la democracia” (Santiso, 2001, pág. 85). Es también famosa la cita que se le atribuye a Víctor Raúl Haya de la Torre, líder del APRA peruano, sobre los socialistas chilenos “Ellos desprecian la democracia, porque no les ha costado nada adquirirla. Si solo conocieran la verdadera cara de la tiranía” (Walker, 1988, pág. 6). En ese sentido, al revisar el rol de la democracia en la historia del PSCh, Altamirano sostuvo que

al menos hasta la década del cincuenta, el socialismo chileno no se preocupó ni teorizó sobre la cuestión de la democracia, manteniendo respecto de ella una permanente ambigüedad. Las influencias anarquistas, trotskistas y populistas, entre otras, habrían contribuido a este fenómeno. La situación se habría hecho aún más crítica desde la década del cincuenta. El proceso

de “marxistización”, “leninización” y “cubanización”, característico de dicho período, habría contribuido a alejar aún más al socialismo de la democracia (Walker, 1988, pág. 11).

De hecho, incorporadas las críticas a los regímenes autoritarios en base a la defensa de los derechos humanos, en cierto sector de la izquierda se desencadenó la autocrítica al protagonismo que hasta hace no tanto se le otorgaba a la revolución como único medio para alcanzar los objetivos. Como señala Norbert Lechner (1988), teórico del MAPU; “La crítica intelectual ya no invoca el futuro (la revolución) contra el pasado (el subdesarrollo). Por el contrario, asume la defensa de una tradición en contra de la ruptura violenta”. Esta reconsideración teleológica se vio reforzada con la crítica hacia las posturas tomadas por el PCCh hacia inicios de la década de 1980, lo que hacía más evidente la ruptura con la estrategia guerrillera representada por los postulados de Régis Debray (Lechner, 1988, pág. 26). La crítica se concentró en la progresiva leninización que había teñido al concepto de democracia en el repertorio del socialismo desde la década de 1960, lo que había llevado a optar por la opción más radical en el debate histórico de la izquierda chilena entre “reformismo” y “revolución”.

Las reflexiones teóricas en el exilio y al interior del espectro político derivado de la división socialista buscaban dar un sustento conceptual entre socialismo y democracia, alimentados por los debates en el socialismo occidental (sea su vertiente eurocomunista, social demócrata o socialista), poniendo en el centro la revaloración de la democracia tradicional (es decir, la defensa de la tradición que alude Lechner), la búsqueda de alianzas estratégicas con el centro político para evitar la división en tres tercios del espectro político y el rechazo terminante a la vía armada (Pérez, 2003).

Respecto a la percepción de un histórico desdén a la problemática de la democracia en el campo experiencial de la izquierda, Altamirano agregó que “Ha sido una lección, derivada de nuestra experiencia reciente, haber menospreciado las conquistas democráticas alcanzadas por nuestro pueblo y desconsiderar algunos logros evidentes de la democracia liberal, que el socialismo no elimina, sino, por el contrario, profundiza” (Benavente, 1984, pág. 173).

En definitiva, el desplazamiento teórico que representó esta resignificación de la democracia y su valoración histórica como conquista popular, modificando la percepción de la experiencia al decir de Koselleck, desestimó la crítica presente en la izquierda hasta 1973 a la democracia burguesa, y la situó como el espacio privilegiado para la

resolución de conflictos. Especialmente a la luz de las garantías que representaba para los derechos humanos, criterio que había alcanzado mayor preponderancia luego de las experiencias en el régimen autoritario chileno y en los sistemas de los socialismos reales. Este revalorado espacio político suponía la existencia de múltiples intereses contrapuestos que convergían en el ámbito político y debían usar los mecanismos entregados por la democracia para lograr los consensos que generaran los cambios. Estos intereses superaban las antiguas categorías de clase; como se evidencia, por ejemplo, en la convergencia con el PDC para luchar contra el régimen militar. Como consecuencia de este desplazamiento, se abandonó el recurso a la violencia para lograr el cambio social y se produjo un vaciamiento del carácter revolucionario del proyecto socialista.

Estos replanteamientos evidenciaron la ausencia de una teoría que explicara coherentemente la relación entre socialismo y democracia, algo que Altamirano ya había denunciado en 1978. De esta manera, los líderes políticos que configuraron la renovación socialista en el exilio recurrieron a los debates teóricos que se desarrollaron en el escenario europeo —como el surgido del eurocomunismo— para conformar el corpus teórico que determinó la base fundante de un nuevo proyecto político de izquierda. Se configuró entonces el proyecto de una “Convergencia Socialista”, “como el más serio intento de concretizar políticamente la existencia de una corriente cuya acción se ha circunscrito hasta ahora principalmente al terreno de las ideas” (Ominami, 1982, pág. 15). La Convergencia, por ende, comenzó como una instancia de encuentro entre personas de distintas corrientes socialistas de todos los sectores, miembros de partidos de distinto origen e intelectuales sin militancia, con el objeto de insertar las ideas de la Renovación en una estructura organizativa cuyo centro albergaba una resignificación del concepto de democracia para el espacio experiencial de la izquierda chilena en el exilio.

Las reuniones realizadas en el exilio resultaron trascendentales para la construcción del movimiento de Convergencia. La primera, realizada en Ariccia (Italia), en marzo de 1979, cobró relevancia al ser la primera vez en que representantes del socialismo tradicional y de la vertiente cristiana se encontraban en torno a las ideas de la Renovación, dejando fuera al PCCh. De acuerdo con el comunicado de prensa del encuentro, los asistentes acordaron la necesidad de construir un tipo de proyecto socialista que sería internacionalmente independiente y que conduciría a la construcción de un nuevo bloque político. Este proyecto —de acuerdo con las ideas de la Renovación— debía representar los intereses no solo del proletariado, sino de todos los trabajadores y mayorías oprimidas del país, incluyendo los estratos medios. Se

enfaticó también “la necesidad de un proceso gradual de convergencia política y orgánica de todas las tendencias socialistas que sentarán las bases de una nueva organización política” (Pollack & Rosenkranz-Schikler, 1986, pág. 196). En términos prácticos, estas ideas se traducían en la incapacidad de la UP, en tanto coalición de partidos, para llevar adelante las nuevas ideas en discusión. En la misma ciudad, pero en enero del año siguiente, se realizó un segundo encuentro de las mismas características. En dicha oportunidad, Oscar Guillermo Garretón, líder de unas de las facciones más radicalizadas del MAPU durante la UP, sostuvo que “la realidad dictatorial ha revalorizado la democracia en el pueblo, y en nosotros como parte de él [...] esto exige algo más que una incorporación de la palabra democracia en nuestro discurso” (Garretón, 1979).

Tan importantes como las reuniones de Ariccia, fueron los encuentros organizados por el Instituto para el Nuevo Chile y la Asociación para el Estudio de la Realidad Chilena, en Chantilly (Francia) los años 1982 y 1983. Estos encuentros también fueron decisivos para la aglutinación del proceso de Convergencia (Dávila, 1994). La primera reunión tuvo como título “Chile-80: Movimientos, Escenarios y Proyectos” y se discutieron diversos temas relacionados con la situación chilena. Entre los de mayor importancia en términos ideológicos fue el consenso que se generó en torno a la necesidad de abandonar el esquema marxista-leninista como marco teórico general para el socialismo. El segundo encuentro tuvo como título “Los desafíos de la redemocratización”, donde se debatió sobre la necesidad de desacralizar el marxismo y se buscó confrontarlo, en tanto matriz teórica, a otras realidades conceptuales como la democracia y el socialismo.³ Dentro de los consensos del encuentro se estableció que no sería necesario romper con el marxismo para avanzar en un proyecto socialista y democrático, pero si reconocer las

debilidades e insuficiencias del enfoque marxista en la aprehensión y comprensión de los fenómenos propiamente políticos y de otros problemas que desbordan las fronteras de clase como la ecología, los conflictos interpersonales, la opresión que sufren las mujeres, la cultura cotidiana, etc. [Así, se coincidió en la] necesidad imperiosa de desacralizar al marxismo (Núñez, 1991, págs. 140-141).

La vertiente almeydista del PSCh y el PCCh criticaron duramente las bases teóricas desde donde se discutían las ideas de Renovación y su articulación a través

de la Convergencia, afirmando que éstas evidenciaban no solo “tendencias de derecha que se manifiestan en una crítica negativa –de obsolencia– del marxismo, y de conceptos como lucha de clases y carácter de clase de un Estado” (Partido Socialista de Chile, 1982, pág. 93), sino que además un despropósito para la organización de la lucha en contra del régimen militar.

En 1983, desde la editorial de la revista *Cuadernos de Orientación Socialista*, revista editada en Berlín oriental, se veía el proyecto de la renovación socialista como una política activa de círculos de derecha y centro de constituir ese PS “democrático [...] netamente divorciado del perfil revolucionario del Partido Socialista” como “un intenso despliegue ideológico con el fin de provocar y justificar una ruptura irreversible en el seno del socialismo chileno con sus concepciones tradicionales”. Las aludidas concepciones tenían relación con un programa anticapitalista, aspirar al poder como vanguardia de sectores explotados, y la aplicación de criterios marxistas-leninistas. Asimismo, la editorial señalaba que esa táctica de la derecha y centro no buscaba la eliminación del PSCh, sino “la dilusión [sic] de sus posiciones revolucionarias, facilitando la cristalización de una instancia socialista reformista y marcadamente anticomunista y promoviendo el aislamiento de quienes se mantengan en la línea ideológica marxista-leninista y sostengan una conducta unitaria ante toda la izquierda” (Cuadernos de Orientación Socialista, 1983, págs. 3-4). En esta operación, la socialdemocracia internacional también jugaba un rol preponderante.

Por parte del PCCh, Orlando Millas sostuvo que, en el proceso de Renovación, en general, y en las reuniones de Chantilly, en particular,

se quiso formular a la manera de las sentencias judiciales condenaciones al método marxista. Y en las intervenciones se propició por algunas personas llamados a pasar de la primera renovación –como se calificó al antimarxismo– a una segunda renovación inspirada en el neoconservantismo monetarista de Friedman [...] Se levantó tribuna pretendiendo declarar “inviable” el gobierno de Allende. Se manifestó simpatía por las “modernizaciones” pinochetistas (Millas, 1983, pág. 53).

Tanto desde el PSCh almeydista como del PCCh se esgrimió el concepto de democracia como parte fundamental del proyecto político, pero siempre en un sentido transicional. Para el PSCh almeydista, el derrocamiento

³ Al igual que en el encuentro anterior, la discusión se realizó en torno a cuatro grandes temas: “La dimensión cultural de la redemocratización”; “Fuerzas armadas y Relaciones internacionales”; “Movilización Popular y fuerzas sociales”; “Marxismo, Socialismo y Redemocratización” Actas del encuentro de Chantilly II, Los Desafíos de la Democratización. En (Núñez, 1991, págs. 138-154).

de la dictadura es un “nuevo régimen democrático a implantar” que promueva, desde las masas, una “alternativa democrático-revolucionaria que abra rumbo al socialismo” (Cuadernos de Orientación Socialista, 1983, pág. 5). Al tiempo que el discurso oficial comunista de este período llamaba a que “todas las fuerzas democráticas concertemos nuestros esfuerzos” (Comité Central Partido Comunista, 1988, págs. 24-25) para derribar el régimen. El lenguaje de la democracia se utilizaba para lograr las difíciles alianzas con los demás partidos de oposición, los cuales eran cada vez más reacios a sentar acuerdos con un PCCh que había abrazado la violencia como estrategia factible para derrotar la dictadura. En este sentido, frente a las alternativas propuestas por representantes del PDC de pactar con las Fuerzas Armadas una transición a la democracia, el comunismo advertía que una transición de estas características significaría el advenimiento de una “falsa democracia” (Pollarolo, 1985, pág. 17).

El ala del socialismo renovado, que ya para este período aglutinaba no solo a socialistas, sino a representantes de distintos movimientos políticos de izquierda de origen cristiano, se defendió de las acusaciones, buscando confirmar la reconfiguración del nuevo mapa político de oposición. En la columna titulada “Chantilly y los ataques del PC”, de la *Revista Chile América*, José Antonio Viera-Gallo, de la Izquierda Cristiana, sostuvo frente a los que acusaban a los participantes de las reuniones de Chantilly de haber virado a la derecha, que

habría entonces que concluir, no que una parte de la izquierda se ha derechizado, sino que en Chile se perfilan dos culturas de izquierda relativamente correspondientes a los partidos políticos: una democrática y otra que no lo es. Hubo pleno acuerdo en Chantilly sobre el valor permanente y universal de los derechos humanos y los valores democráticos, sin los cuales el socialismo desfigura (Viera-Gallo, 1983, pág. 74).

Desde la dirigencia del socialismo renovado, en una carta firmada por quienes habían sido respectivamente los últimos tres líderes máximos del partido entre 1961 y 1979: Raúl Ampuero, Aniceto Rodríguez y Carlos Altamirano, se asentó la nueva perspectiva, señalando que la experiencia dictatorial había forzado una “redimensión de los valores democráticos”, los que habían estado “difusos y postergados en la reflexión de la izquierda chilena en los años anteriores al golpe militar”. Además definieron un distanciamiento literal con comunistas y los socialistas de Almeyda, al señalar que “la democracia no es una fase de tránsito ni un elemento instrumental de la lucha política”, pues no bastaría con garantizar la participación mayoritaria en la construcción del socialismo, sino que se

debían asegurar el pluralismo y el respeto por los derechos humanos (Ampuero, Altamirano, & Rodríguez, 1991, pág. 110). De este modo, se cimentaba el cambio producido en el horizonte de expectativa en el socialismo renovado, que abandonaba al socialismo como meta y la revolución como estrategia, para reemplazarlo por una democracia como medio y fin.

Estas definiciones, que llevan a retomar los debates surgidos en el marco de la renovación sobre la necesidad de construir consenso y mayorías para los cambios progresivos, sentaron la base para la construcción de puentes con el centro político representado por el PDC. En este sentido, se señalaba que la propuesta renovada no era una aspiración coyuntural, sino que buscaba representar una alternativa de futuro: “se trata de construir un consenso nacional para el cambio, en el que confluyan las constantes históricas del socialismo chileno [...] y los valores solidarios y humanistas del movimiento cristiano” (Ampuero, Altamirano, & Rodríguez, 1991, pág. 113). De esta manera, las ideas de la renovación socialista se posicionaban al interior del campo de la izquierda chilena como una alternativa a las propuestas por el PCCh y el PSCh de Almeyda, teniendo como eje en su diferencia una resignificación del concepto de democracia.

En 1986 se produjo un clivaje decisivo para los planteamientos teóricos al interior de la izquierda que habían dado forma a las diversas estrategias políticas para enfrentar al régimen militar. En agosto, se descubrieron las armas que el PCCh había adquirido para su política insurreccional y, en septiembre, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (una fracción armada del PCCh) realizó un intento fallido de asesinar a Augusto Pinochet. El fracaso de ambas medidas, junto con el éxito del llamado a participar en el plebiscito por parte de la oposición representada por el socialismo renovado, le restó importancia al rol que la estrategia armada del PCCh y PSCh de Almeyda jugaba en la vida nacional. Ante esto, la versión renovada del socialismo se impuso como actor relevante en una posible transición política pactada, plegándose posteriormente el PSCh de Almeyda y concretando la unificación del partido el año 1989, un año después de haber ganado el plebiscito que terminaba con el régimen militar en Chile.

El acuerdo en la participación del plebiscito, como mecanismo para terminar con la dictadura, y el distanciamiento con otras formas de oposición se consolidaron cuando el sector renovado del PSCh propuso la creación del Partido por la Democracia (PPD), que aglutinó a la oposición política del sector renovado. En 1988, Ricardo Lagos, uno de los fundadores del PPD y su primer presidente, afirmó que el elemento básico de la acción política del partido estaba en “la búsqueda de la democracia plena, fundada en el ejercicio de la soberanía popular”, cuyas

normas determinantes “son más propias de la democracia occidental”, a la cual definió como “aquella que le permite expresarse a todos, donde hay alternancia en el poder, donde hay pluralidad de opiniones, donde hay mayorías y minorías, donde se respetan los derechos humanos, en definitiva, aquella que nos permite dirimir civilizadamente” (Lagos, 1988). Sergio Bitar, también fundador del PPD, abordó de manera más clara la configuración ideológica renovada del partido, marcando distancia con las propuestas ideológicas anteriores de la izquierda chilena y catalogando al PPD como “un partido moderno, liberal, progresista democrático, de izquierda por la tradición de la gente que traía, pero muy fuertemente vinculado a las libertades políticas y a la democracia como concepto [lo que] era ajeno al pensamiento de la izquierda tradicional con influencia más marxista” (Bitar, 2019, pág. 190).

Finalmente, la reunificación del PSCh, a pocos meses del triunfo de Patricio Aylwin en la elección como líder de la Concertación de Partidos por la Democracia, retrató la consolidación de la posición renovada en referencia al concepto de democracia, dentro del partido que mayores desplazamientos teóricos había experimentado en la historia política reciente chilena. En el documento base de la unificación se enfatizaba la idea de consenso y acuerdo mayoritario, como valor en sí mismo y como “requisito fundamental para la reconstrucción de las bases éticas y humanistas en que debe sustentarse un régimen democrático justo” (Documento base de la unificación socialista, 1991, pág. 311). Y en el “Documento de Acuerdo político doctrinario del socialismo” se resumía la “idea socialista del ideal democrático” en base a tres elementos constitutivos: la incorporación de la Declaración Universal de los Derechos Humanos en los principios del partido, el ejercicio de la “resolución democrática de los conflictos de intereses e ideas” y “rechaza la violencia como forma de imponer un determinado proyecto político” (Documento de la Unificación Socialista, 1991, pág. 315).

Bajo la perspectiva renovada, el concepto de democracia se transformaba en el espacio privilegiado para cautelar los derechos humanos, solucionar pacíficamente controversias y lograr consensos. Esta posición teórica implicó el alejamiento de cualquier régimen político que pusiera a la democracia en una perspectiva secundaria o de “fase”, abriendo una crítica directa hacia los socialismos reales y a las doctrinas soviéticas. En términos concretos esto significó un reordenamiento en las alianzas partidarias en donde se alejaba de la histórica alianza entre comunistas y socialistas que había dado forma a la UP y se establecían alianzas con el PDC. De esta manera, la concepción de la democracia sostenida por la renovación se volvió mayoritaria en el pensamiento socialista chileno y lideró la transición a la democracia, entendiéndose

ésta como el espacio desde y hacia donde se dirimen los conflictos políticos.

Conclusiones

El análisis de los desplazamientos teóricos en torno al concepto de democracia al interior del campo de la izquierda chilena en el exilio permite ahondar en las rutas por las cuales ha transitado la política chilena en su historia reciente y cómo se han construido las bases de la dinámica política actual. La resignificación del concepto de democracia para un importante sector del socialismo chileno determinó el carácter de la transición post dictadura, durante toda la década de los 1990.

Si durante la década de 1960 y hasta 1973, el campo de experiencia de la izquierda chilena permitía proyectar un tránsito revolucionario a un orden radicalmente diferente de relaciones sociales como horizonte de expectativa; el golpe militar, la percepción del fracaso, la experiencia con la violencia autoritaria (sea en Chile o en los socialismos reales) y la vida en el exilio empujaron a una importante sección de la izquierda chilena a replantear sus concepciones ideológicas basales y orientarse a un horizonte de expectativas compuesto por un concepto de democracia liberal-occidental fundado en la construcción de consensos y acuerdos mayoritarios, distanciándose explícitamente de toda alusión a cambios revolucionarios o radicales.

En los albores de la década de 1990, con la caída del muro en sus espaldas, la izquierda chilena que participó en la coalición que gobernó al país entre 1990 y 2010 abrazó el concepto liberal de democracia, lo que se tradujo en estrategias políticas de construcción de alianzas y generación de consensos. Al inicio del siglo XXI, el concepto de democracia y sus posibilidades para generar cambios vuelve a ser un campo disputado.

Referencias

- ALLENDE, S. 21 de Mayo de 1971. Recuperado el 16 de Enero de 2019, de www.bcn.cl.
- ALLENDE, S. 2000. Discurso en el Congreso del Partido Socialista (La Serena, 28 de enero de 1971). In: V. FARÍAS (ed.), *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica (Vol. I)*. Berlin, Santiago: Wissenschaftlicher Verlag Berlin, Centro de Estudios Público Ve.
- ALMEYDA, C. 1979. Construir una fuerza política homogénea y representativa capaz de alcanzar la hegemonía ideológica y política de la sociedad. *Chile América*, 54-55:86-93.
- ALMEYDA, C. 1987. *Pensando a Chile*. México, Universidad de Guadalajara.
- ALTAMIRANO, C. 1976. Intervención de Carlos Altamirano, secretario general del PS de Chile, ante el XXV Congreso del Partido

- Comunista de la Unión Soviética. Moscú, febrero de 1976. *Orientación: Órgano Oficial del Secretariado Exterior del Partido Socialista*, 11-12:42-45.
- ALTAMIRANO, C. Marzo de 1978. Biblioteca del Congreso de Chile. Recuperado el 30 de julio de 2019, de <https://www.bcn.cl/>
- ALTAMIRANO, C. 1979. El sector que yo represento rescata la esencia del socialismo chileno: sus gloriosas tradiciones revolucionarias, democráticas, autonomistas e internacionalistas. *Revista Chile América*, 54-55:134-137.
- ALTAMIRANO, C. 2000. El Partido Socialista y la Revolución Chilena (enero de 1971). In: V. FARÍAS (ed.), *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica (Vol. I)*. Berlin, Santiago: Wissenschaftlicher Verlag Berlin, Centro de Estudios Públicos.
- ALTAMIRANO, C.; SALAZAR, G. 2010. *Conversaciones con Carlos Altamirano: memorias críticas*. Santiago de Chile, Debate.
- ÁLVAREZ, R. 2011. *Arriba los pobres del mundo: cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura; 1965-1990*. Santiago, LOM.
- AMPUERO, R.; ALTAMIRANO, C.; RODRIGUEZ, A. 18 de Octubre de 1991. Declaración de los ex secretarios generales del Partido Socialista de Chile. In: R. NUÑEZ (ed.), *Socialismo: Diez años de Renovación. 1979-1989 De la Convergencia a la Unidad Socialista*. Santiago de Chile, Ediciones del Ornitorrinco, p. 107-115. Obtenido de Mensaje a los socialistas chilenos: <http://www.blest.eu/doxa/ampuero82.html>
- ARRATE, J. 1979. La crisis del partido no es una disputa por el poder existen serias diferencias en aspectos de importancia cardinal. *Revista Chile América*, 54-55:98-106.
- ARRATE, J.; ROJAS, E. 2003. *Memoria d la izquierda chilena*. Santiago de Chile, Ediciones B Chile S.A.
- BENAVENTE, A. 1984. Panorama de la izquierda chilena, 1973-1984. *Seminario de Formación Política*. Santiago de Chile, CEP, p. 155-199.
- BITAR, S. 21 de Julio de 2019. (A. San Francisco, Entrevistador) Inédito.
- CASALS, M. 2017. Democracia y dictadura en el Chile republicano: Prácticas, debates y conflicto político S. In: J.L. OSSA (ed.), *Historia Política de Chile, 1810-2010 (Vol. I: Prácticas políticas)*. Santiago, Fondo de Cultura Económica.
- CASALS, M.; PERRY, M. Junio de 2020. De la democracia revolucionaria a la democracia posible: Trayectorias políticas y conceptuales de la democracia en la izquierda marxista chilena, 1950s-1980s. *Historia*, 53-I.
- CHILE AMÉRICA. 1975. Resumen de ideas centrales contenidas en tres documentos recientes del PC PS y MIR. *Revista Chile América*, 8-9:43-50.
- CHILE AMÉRICA. 1977. Entrevista a Luis Corvalán. "Si la alianza UP-DC es necesaria para derribar la dictadura, será más necesaria para reconstruir el país". *Chile América*, 28-29-30:147-154.
- CNR. Mayo-junio de 1977. Carta al Secretario General del PS, Carlos Altamirano. *Chile América*, 31-32:113-124.
- COMITÉ CENTRAL PARTIDO COMUNISTA. Del 20 al 26 de Julio de 1988. Inserción: Comunicado del comité central del Partido Comunista. *APSI*, 257.
- COMMUNIST PARTY OF GREAT BRITAIN. 1973. *Chile, Solidarity with the Popular Unity*. London, Communist Party.
- CORVALÁN, L. 1999. *De lo vivido y lo peleado: Memorias*. Santiago de Chile, LOM Ediciones.
- CUADERNOS de orientación socialista. octubre de 1983. El problema socialista. *Cuadernos de Orientación Socialista*, 16:2-7.
- DÁVILA, M. 1994. *Historia de las ideas de la renovación socialista 1974-1989*. Santiago de Chile, Tesis de Licenciatura, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- DEL CANTO, H. Mayo-junio de 1977. En el 44 aniversario del Partido Socialista de Chile. *Chile América*, 31-32:110-113.
- DOCUMENTO base de la unificación socialista. 1991. Los socialistas y la reconstrucción democrática en Chile. In: R. NUÑEZ (ed.), *Socialismo: 10 años de renovación. 1979-1989: de la convergencia a la unidad socialista (Vol. I)*. Santiago, Ediciones del Ornitorrinco, p. 297-314.
- DOCUMENTO de la Unificación Socialista. 1991. Documento de acuerdo político-doctrinario del socialismo. In: R. NUÑEZ (ed.), *Socialismo: 10 años de renovación. 1979-1989: de la convergencia a la unidad socialista*. Santiago, Ediciones del Ornitorrinco, p. 315-325.
- FAÚNDEZ, J. 1988. *Marxism and Democracy in Chile: From 1932 to the Fall of Allende*. New Haven, Yale University Press.
- FERNÁNDEZ, J.; GÓNGORA, Á.; ARANCIBIA, P. (eds.). 2013. *Ricardo Núñez: Trayectoria de un socialista de nuestros tiempos*. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Finis Terrae.
- GARRETÓN, O.G. 1979. *Sobre la propuesta de Convergencia Socialista*. Diciembre de 1979. doi:Socialist International, Comisco y SILO. Box Número 1066. Archivo de la Internacional Socialista.
- INSUNZA, J. Julio-agosto de 1963. La revolución y la libertad. *Principios*, 96.
- JOBET, J.C. Marzo de 1963. Los fundamentos del marxismo. *Revista Arauco*, 38.
- JOBET, J.C. 1972. El socialismo científico y la libertad. In: J.C. JOBET; A. CHELÉN, *Pensamiento teórico y político del Partido Socialista de Chile*. Santiago, p. 412-425.
- KARAKATSANIS, N. 2008. Political Learning as a Catalyst of Moderation: Lessons from Democratic Consolidation in Greece. *Democratization*, 15(2):386-409.
- KOSELLECK, R. 1993. *Futuro pasado: Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Ediciones Paidós.
- LAGOS, R. 1988. Texto de la intervención de los dirigentes del PPD en el programa televisivo: De cara al país, transmitido el 25 de abril de 1988. doi: Boris Vildósola Collection. International Institute of Social History.
- LECHNER, N. 1988. *Los patios interiores de la democracia: Subjetividad y política*. México, D.F., FLACSO.
- LOVEMAN, B. 1993. The Political Left in Chile, 1973-1990. In: B. CARR; S. ELLNER (eds.), *The Latin American Left: From the Fall of Allende to Perestroika*. Colorado, Westview Press, Inc., p. 23-39.
- MILLAS, O. Junio-septiembre de 1970. A defender la victoria del pueblo: Informe de la CP al CC de septiembre 1970. *Principios*, 135.
- MILLAS, O. 1983. No hemos dicho que en Chile esté a la orden del día la lucha armada. *Revista Chile América*, 84-85:51-54.
- MOULIÁN, T. 1982. *Evolución histórica de la izquierda chilena: Influencia del marxismo*. Santiago de Chile: FLACSO (FLACSO, Documento de Trabajo, 139:) 54 p.
- MOULIÁN, T. 1983. *Democracia y socialismo en Chile*. Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- MOULIÁN, T. 2009. *Contradicciones del desarrollo político chileno, 1920-1990*. Santiago de Chile, LOM Ediciones.
- MOULIÁN, T.; TORRES, I. 2010. ¿Continuidad o cambio en la línea política del Partido Comunista de Chile? In: A. VARAS; M.

- CASALS; A. RIQUELME (eds.), *El Partido Comunista en Chile una historia presente*. Santiago de Chile, Catalonia, p. 291-308.
- MOYN, S. 2012. *The Last Utopia: Human Rights in History*. Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press.
- NÚÑEZ, R. (ed.). 1991. *Socialismo: diez años de Renovación 1979-1989 de la Convergencia a la Unidad Socialista (Vol. I)*. Santiago de Chile, Ediciones Ornitorrinco.
- OMINAMI, C. 1982. De la ideología a la política. *Revista Chile América*, 78-79:15-19.
- ORTEGA, E. 1992. *Historia de una alianza política: el Partido Socialista de Chile y el Partido Demócrata Cristiano, 1973-1988*. Santiago de Chile, CED.
- PARTIDO Socialista de Chile. (1982. Crisis de la izquierda según el pleno clandestino de los socialistas de Chile. *Revista Chile América*, 78-79:93-94.
- PÉREZ, C. 2003. ¿Socialdemocracia en Chile? In: C. FUENTES; M. DÁVILA (eds.), *Promesas de cambio: Izquierda y derecha en el Chile contemporáneo*. Santiago de Chile, FLACSO-Chile, p. 85-114..
- PERRY, M. 2016. *La dimensión internacional del pensamiento político chileno: Aprendizaje y transferencia en el exilio en Europa*. Leiden, Universidad de Leiden.
- PERRY, M. Junio de 2018. Las renovaciones socialistas que no vencieron. *Izquierdas*, 44:31-57.
- POLLACK, B.; ROSENKRANZ-SCHIKLER, H. 1986. *Revolutionary Social Democracy: The Chilean Socialist Party*. New York, St. Martin's Press.
- POLLAROLO, F. Octubre de 1985. La historia dirá si el PC tenía razón o no. *APSI*, 163:16-17.
- PROGRAMA presidencial del Frente de acción popular. Enero de 1963. Apartado 6: Democratizar profundamente la vida nacional. *Revista Arauco*, 36.
- PSCH. (1977). Texto de las resoluciones adoptadas en el Pleno de la Dirección Interior del Partido Socialista. *Orientación: Órgano Oficial del Secretariado Exterior del Partido Socialista de Chile*, 16-17:15-47.
- RIQUELME, A. 2009. *Rojo atardecer: el comunismo chileno entre dictadura y democracia*. Santiago de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- ROBERTS, K. 1998. *Deepening Democracy? The Modern Left and Social Movements in Chile and Peru*. Stanford, Stanford University Press.
- ROJAS, C.; SANTONI, A. 2013. Geografía política del exilio chileno: los diferentes rostros de la solidaridad. *Perfiles Latinoamericanos*, 41:123-141.
- ROJAS, R. Noviembre-diciembre de 1962. Constructores del nuevo mundo. *Principios*, 92.
- SANTISO, J. 2001. La democracia como horizonte de espera y campos de experiencia: el ejemplo chileno. *Revista de Ciencia Política*, XXI(2):69-100.
- SANTONI, A. 2011. *El comunismo italiano y la vía chilena: Los orígenes de un mito político*. Santiago de Chile, RIL Editores.
- SILVA, P. 1992. Social Democracy, Neoliberalism and Ideological Change in the Chilean Socialist Movement, 1973-1992. Paper presented at the XVII International Congress of the Latin American Studies Association. Los Angeles, California.
- SZNAJDER, M.; RONIGER, L. 2013. *La Política del destierro y el exilio en América Latina*. México D. F., Fondo de Cultura Económica.
- ULIANOVA, O. 2000. La Unidad Popular y el golpe militar en Chile: percepciones y análisis soviéticos. *Estudios Públicos*, 79:83-171.
- ULIANOVA, O. 2009. Inserción internacional del socialismo chileno 1933-1973. In: . ULIANOVA (ed.), *Redes políticas y militancias: La historia política está de vuelta*. Santiago de Chile, Ariadna Ediciones, p. 235-284.
- ULIANOVA, O. 2009b. Relaciones internacionales y redefiniciones en el socialismo chileno, 1973-1979. *Izquierdas*, 4:1-30.
- ULIANOVA, O. 2014. La nueva inserción internacional del comunismo chileno tras el golpe militar. In: A. RIQUELME; T. HARMER (eds.), *Chile y la Guerra Fría global*. Santiago de Chile, RIL Editores, p. 273-315.
- VALDERRAMA, M. 2001. Renovación socialista y renovación historiográfica. *PREDES Debates y Reflexiones: Aportes para la Investigación Social*, 5:2-38.
- VIERA-GALLO, J.A. 1983. Chantilly y los ataques del PC. *Revista Chile América*, 86-87:74.
- WALKER, I. 1988. Un nuevo socialismo democrático en Chile. *Colección Estudios CIEPLAN*, 24:5-36.
- ZAMORANO, M. Marzo-abril de 1964. Chile necesita ir hacia una profunda democratización nacional. *Principios*, 100.

Submetido em: 11/02/2020

Aprovado em: 21/03/2020